

SECCIÓN ESPECIAL

En torno al centenario de la muerte de F. Nietzsche (1900-2000)

COORDINADA POR LUIS E. DE SANTIAGO GUERVÓS

EL DÍA 25 DE AGOSTO DE 1900 moría en Weimar Friedrich Wilhelm Nietzsche, uno de los pensadores y filósofos que mayor influencia han ejercido a lo largo del siglo XX. La revista *Contrastes* quiere contribuir a la efeméride de este centenario, dedicando una parte del número ordinario del año 2000 a las distintas facetas de su pensamiento. Es posible que este pequeño homenaje que le dedicamos sea uno entre los muchos que celebran de una u otra manera la herencia tan singular que nos legó para que, como él mismo solía decir, fuéramos capaces de «mejorar la humanidad». Pero hacer un balance puntual de su pensamiento en el centenario de su muerte es una tarea casi imposible, pues resulta verdaderamente excepcional que un pensador tan fragmentario, atípico, intempestivo, contradictorio y pasional se extendiera tan rápidamente allende las fronteras alemanas, interesando a los más diversos estamentos sociales y culturales. Sus ideas vivas y trepidantes han seducido a escritores, políticos, novelistas, científicos, artistas, sobre todo por su peculiar inconformismo y radicalidad a la hora de enfrentarse con los viejos problemas —«a martillazos»— para crear condiciones nuevas de vida y pensamiento capaces de preparar un mundo mejor y distinto y romper la dura coraza de unos modos obsoletos de vivir y de pensar. Pero lo más paradójico de todo es que esta «máscara» o apariencia iconoclasta, que confunde sus ideas con un nihilismo de lo más destructivo y desolador, esconde un verdadero canto a la vida y a la creación artística como nunca hasta entonces se había dejado oír. «Soy un alegre mensajero —decía en *Ecce Homo*— como no ha habido ningún otro, conozco tareas tan elevadas que hasta ahora faltaba el concepto para comprenderlas; sólo a partir de mí existen de nuevo esperanzas».

Nietzsche, por eso, es un pensador que mira al *futuro*, que llena ese horizonte lejano de bellos presagios para una humanidad que haya tomado conciencia de sus propias aspiraciones. Esto explica que su mensaje sea siempre tan actual y, al mismo tiempo, tan esperanzador, a pesar de que el hombre siga siendo esa cuerda frágil que conduce hacia el superhombre. Sin embargo, ese mensaje que afirma con tanta fuerza la vida, que no deja de agradecer a la vida todos sus dones a pesar de tanto *dolor*, contrasta llamativamente con el panorama general del siglo XX teñido por luchas y por guerras, que sembraron de *muerte* la civilización occidental. Nietzsche se erige en un *destino*, en un *síntoma* de que algo verdaderamente ha cambiado o está cambiando, en *profeta* de un mundo que todavía está por venir, en cierto modo presente pero *todavía no consumado*. Como diría Heidegger lo verdaderamente importante no es haber llegado al final, sino «estar en camino» (*unterwegs*), ser un «caminante» (*Wanderer*) y tener conciencia de ello, y eso será lo que nos permita definir un talante distinto y maneras diferentes de dar respuesta a los problemas que desde la cuna de la humanidad siguen acuciando a los hombres. Nietzsche es un excelente compañero de viaje para todos aquellos que se dedican a pensar, puesto que su obra no se queda encerrada en su propio texto, sino que se prolonga en la vida existencial de cada uno de sus lectores. No es infrecuente que nos encontremos con comentaristas y autores que hablen de «mi Nietzsche», como queriendo decir que hay tantos Nietzsches como intérpretes que se acercan a su obra.

Este carácter tan polivalente y multiplicador de sus ideas subyace en la propia naturaleza de su obra, una obra que es al mismo tiempo «para todos y para ninguno», una filosofía no apta para los débiles, para los que renuncian a la *vida*. El riesgo de su filosofía es que no aporta seguridad, certeza, eternidad, sino todo lo contrario. Por eso su pensamiento fue desde el principio hasta el final una auténtica *provocación*. Intempestivo como ningún otro. Y no podía ser de otra manera, pues siempre afirmó que lo verdaderamente importante no son los hechos sino las *interpretaciones*, es decir, la perspectiva y la situación en la que nos encontramos es la que crea esos mundos de los que nos olvidamos que son creaciones nuestras. Este sentido relativo y contingente de la realidad está más acorde con las formas de vida de nuestro mundo presente. Un mundo trepidante y asfixiado por la propaganda y los medios de comunicación, que reiteradamente quieren a toda costa anular nuestra perspectiva y allanar mediante ideas e instancias «globalizadoras» las diferencias y las perspectivas singulares. Por eso, la obra de Nietzsche quiere ser ante todo una ayuda para poder «respirar el aire de altura», ese aire *fuerte*, donde la soledad es inmensa, pero donde se pueden realmente tomar las «grandes» decisiones.

Todos estos rasgos de la filosofía de Nietzsche contribuyeron a que muchas de las corrientes de la filosofía contemporánea, al tratar de huir de la

confrontación inevitable con la filosofía hegeliana para legitimar y justificar su propia filosofía, se encontraron, por no decir que buscaron, la obra de Nietzsche. Unas sucumbieron a su pensamiento seductor y lúdico, otras lo despreciaron por ser tan poco metafísico y sistemático. Pero lo que es cierto es que el panorama de la filosofía actual no se puede entender sin tener en cuenta el telón de fondo del modelo paradigmático de su crítica, que ha servido de plataforma para las construcciones interpretativas más diversas. Entre los grandes pensadores del siglo XX que fueron tocados por la magia de Nietzsche tenemos a Heidegger, que quiso colocar a Nietzsche en ese lugar «privilegiado» de cierre o colofón de la historia de la metafísica y que injustamente definió como el último pensador metafísico, para poder situarse él mismo como punto de partida de una nueva manera de pensar. La interpretación de Heidegger determinó en buena medida hasta no hace mucho las lecturas que se hicieron de la filosofía nietzscheana desde las más diversas posiciones. Pero tal vez su error fue el no haber intuido que con Nietzsche no sólo se cerraba una época, la época moderna, sino que se inauguraba otra época distinta como experiencia del «final de la modernidad» y como anuncio para el hombre de una posibilidad distinta de existencia y también de pensar. Es por eso, por lo que algunos filósofos siguen considerando a Nietzsche como el primer filósofo «postmoderno», porque el llamado fenómeno de la «postmodernidad» no se puede ni pensar ni entender sin él; y lo mismo se puede decir, por ejemplo, de la filosofía «desconstruccionista» de J. Derrida, o la llamada filosofía del «pensamiento débil», o el nuevo pragmatismo americano representado por R. Rorty. Por otra parte, la filosofía hermenéutica contemporánea tiene también un punto de referencia en la práctica nietzscheana del método genealógico y, sobre todo, en su teoría de la interpretación. Por eso, la filosofía francesa lo definió, junto con Marx y Freud, como el «maestro de la sospecha», por haber pensado lo «otro de la razón» de una manera sutil y por abrir el camino a una forma más antidogmática y relativista de comprender el mundo frente a las cosmogonías fijas y eternas que impiden al espíritu ser realmente libre.

Por todo ello, la obra de Nietzsche siempre seguirá siendo un punto de encuentro entre aquellos que una y otra vez siguen profundizando entre las distintas máscaras con las que solía jugar, pues como él mismo decía «solo el que ama la máscara, ama lo profundo». Por esta razón seguirán produciéndose múltiples interpretaciones y facetas de un pensamiento que nunca quiso ser uno, sino múltiple. Era un riesgo dejar que las ideas siguiesen el curso del río heracliteano. Y así fue, de hecho, pues la historia nos da claro testimonio de las múltiples manipulaciones que se produjeron de su pensamiento, desde el principio de la constitución de su obra fundamental, por el exceso de celo de una hermana que se había convertido en su albacea, hasta las más aberrantes interpretaciones como las del nazismo. Sin embargo, y a pesar de todo, su obra

permanece y permanecerá durante mucho tiempo. Esa misma percepción la tuvo el propio Nietzsche cuando hacía un balance de su propia vida «he mirado hacia atrás, he mirado hacia delante, y nunca había visto de una sola vez tantas y tan buenas cosas. No en vano he sepultado mi año cuarenta y cuatro, me era *lícito* sepultarlo, –lo que en él era vida está salvado, ¡es inmortal![...] *¿Cómo no había de estar agradecido a mi vida entera?*». A nosotros, como portadores de su herencia, sólo nos queda dejar oír la voz de ese pasado que nos sigue interpelando activamente. Por eso, como decía el «discípulo de Dioniso», «es preciso ante todo *oír* bien el sonido que sale de esa boca, ese sonido alciónico, para no ser lastimosamente injustos con el sentido de su sabiduría».

Este conjunto de trabajos que aquí se recogen pretende ser un homenaje de la cultura latina a la obra de Nietzsche. En este sentido hemos querido abrir las páginas de nuestra revista a uno de los prestigiosos investigadores de la obra de Nietzsche, Giuliano Campioni (Universidad de Lecce) discípulo de M. Montinari, cuya investigación actualmente se centra en las anotaciones y glosas de los libros de Nietzsche. También quiero agradecer la colaboración de Mónica Cragolini, una de las filósofas de Latinoamérica (Universidad de Buenos Aires) que más han contribuido desde hace muchos años a difundir el pensamiento de Nietzsche entre la comunidad hispano hablante. Entre los trabajos figuran dos colaboraciones, una de Remedios Avila (Universidad de Granada) y otra de Diego Sánchez Meca (UNED, Madrid), cuyas investigaciones sobre Nietzsche son lo suficientemente notorias y reconocidas dentro de la comunidad filosófica española. Otros dos trabajos pertenecen a una nueva generación de filósofos jóvenes, Marco Parmeggiani y Luis Puelles, los cuales desde distintas perspectivas, la gnoseología y la estética, abordan con entusiasmo la filosofía de Nietzsche. Como se puede apreciar, no sólo por esta publicación sino por otras muchas, estamos asistiendo en España a un renacimiento de los estudios de Nietzsche. Y como muestra de ello hace pocos meses hemos constituido la Sociedad Española de Estudios sobre F. Nietzsche (SEDEN) (www.uma.es/investigadores/grupos/seden) con el fin de canalizar los esfuerzos de todos aquellos que quieran compartir un mismo entusiasmo por uno de los pensadores más representativos del siglo XX. Creo que la constitución de esta Sociedad, en un momento tan señalado, puede ser también un homenaje a Nietzsche en el centenario de su muerte.